ΣΟΦΊΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYAT NÂSTI PÂRO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

El Devachan

(CONCLUSIÓN)

Los Devas. — Como lo poco que se puede decir en el lenguaje humano acerca de estos seres elevados y maravillosos se escribió en el Plano Astral, no creemos necesario volver á tratar con extensión del asunto; pero para informe de los que no han leído aquel manual, haré aquí un extracto de la explicación general que se hizo allí de estas entidades.

El sistema más elevado de evolución relacionado con esta tierra, en lo que nosotros sabemos, es el de los seres á quienes los indios llaman Devas, y á los que se da el nombre de ángeles, hijos de Dios, etc. Pueden considerarse, en efecto, como un reino inmediatamente superior al humano, del mismo modo que la humanidad es el reino superior inmediato al animal, pero con la diferencia importantísima de que mientras para el animal no hay posibilidad de evolución sino por medio del reino humano, el hombre, cuando llega á cierta altura, encuentra varios senderos de progreso abiertos ante sí, de los cuales la gran evolución Deva es solo uno. En la literatura oriental, esta palabra «Deva» se usa muchas veces de un modo vago para significar toda clase de entidades no humanas; de manera que de una parte comprende á veces Dhyân Chohans, y de otra á espíritus de la Naturaleza y elementales artificiales. Ahora, sin embargo, la usamos aplicándola estrictamente á la magnífica evolución que estamos considerando. Aunque relacionados con la Tierra, los Devas no están limitados en modo alguno á ella, pues toda la cadena nuestra de siete mundos es para ellos

como un solo mundo, verificándose su evolución en un gran sistema de siete cadenas. Sus huestes han salido principalmente hasta ahora de otras humanidades del sistema solar, algunas inferiores y otras superiores á la nuestra; pues solo una parte muy pequeña de la nuestra ha alcanzado hasta ahora el nivel en que nos es posible unirnos á ellos; pero parece cierto que algunas de sus muy numerosas clases no han pasado en su progreso por ninguna humanidad que pueda compararse en modo alguno con la nuestra. Al presente no nos es posible comprender gran cosa respecto de ellos; pero es claro que lo que pudiera llamarse el objeto de su evolución, es bastante más elevado que el nuestro; esto es, mientras que el objeto de nuestra evolución humana es elevar aquella parte de la misma que haya tenido éxito, á cierto grado de desarrollo oculto al final de la séptima ronda, el objeto de la evolución Deva es elevar sus filas más avanzadas á un nivel mucho más alto en el período correspondiente. Respecto de ellos, lo mismo que de nosotros, se halla abierto para el esfuerzo ansioso un sendero más empinado, aunque más corto, que conduce á alturas más sublimes; pero lo que sean tales alturas sólo podemos conjeturarlo.

Sus tres grandes divisiones inferiores se llaman generalmente Kâmadevas, Rûpadevas y Arûpadevas. Así como nuestro cuerpo ordinario aquí, el inferior posible para nosotros, es el físico, así el cuerpo ordinario del Kâmadeva es el astral; de manera que se halla poco más ó menos en la misma posición que la humanidad tendrá cuando alcance el planeta *F*; y él, viviendo ordinariamente en el cuerpo astral, puede pasar á esferas superiores en un Mayavirûpa, lo mismo que nosotros podemos hacerlo en el cuerpo astral, mientras que el entrar en el cuerpo causal equivaldría para él (si está suficientemente desarrollado) al esfuerzo que nosotros necesitamos para formar un Mayavirûpa. Del mismo modo, el cuerpo ordinario del Rûpadeva sería el Mayavirûpa, puesto que su morada está en los cuatro niveles rûpa del plano devachánico; mientras que el Arûpadeva pertenece á los tres niveles superiores de aquella región, y no necesita otro vehículo como cuerpo más que el Kârana Sharîra. Sobre los Arûpadevas hay otras cuatro grandes clases de este reino, que habitan respectivamente los cuatro planos superiores de nuestro sistema solar; y más arriba y más allá de todo el reino Deva, se encuentran las grandes huestes de los Dhyan Chohans; mas la consideración de estos seres gloriosos estaría aquí fuera de lugar.

Cada una de las dos grandes divisiones de este reino, descritas como

habitadoras del plano devachánico, contiene dentro de sí muchas clases diferentes; pero su vida es en todos sentidos tan diferente de la nuestra, que es inútil tratar de dar más que una idea general de ella. El mejor medio que se me ocurre para indicar la impresión producida en nuestros investigadores, es el de reproducir las mismas palabras que empleó uno de ellos en la época en que se verificaban los estudios: «Sentí el efecto de una conciencia inmensamente elevada, una conciencia gloriosa más allá de toda expresión, y sin embargo, tan rara, tan diferente, tan completamente distinta de todo lo que hasta entonces había conocido, tan diversa de toda clase de experiencia humana posible, que sería inútil tratar de traducirlo en palabras.»

Igualmente imposible es el dar una idea cualquiera en este plano físico de la apariencia de estos poderosos seres, pues cambia con arreglo á la dirección de los pensamientos propios de cada uno. Alguna indicación se ha hecho ya en este escrito respecto á la magnificencia y poder maravillosos de su lenguaje de colores, así como también se habrá comprendido, por algunas observaciones hechas de pasada al describir los habitantes humanos, que para los hombres que actúan en este plano, es posible, en ciertas condiciones, aprender mucho de ellos. Se recordará cómo uno de ellos había animado la figura de ángel en el Devachán de un corista, y le estaba enseñando una música mucho más grandiosa que la jamás percibida por oídos humanos, y también se recordará el caso de algunos relacionados con el manejo de ciertas influencias planetarias, que estaban ayudando la evolución devachánica de cierto astrónomo. Su relación con los espíritus de la Naturaleza (cuya descripción puede verse en el manual el Plano Astral), pudiera describirse como semejante, aunque en una escala más elevada, á la del hombre con el reino animal; pues así como el animal puede alcanzar la individualización sólo asociándose con el hombre, asimismo, al parecer, puede un espíritu de la naturaleza alcanzar normalmente la individualidad perdurable, sólo por un afecto de carácter parecido hacia los miembros de algunos de los órdenes de Devas.

Por de contado, nada de lo que se ha dicho, ó pueda decirse de esta gran evolución deva, hará más que tocar los límites de un asunto colosal, cuyo concepto más completo tiene el lector que formarlo por sí mismo cuando desarrolle la conciencia en estos planos superiores; sin embargo, lo que se ha dicho, aunque es muy poco y nada satisfactorio como inevitablemente tiene que ser, puede servir de ayuda para obtener una ligera idea

de las huestes de protectores conque el hombre se pondrá en contacto cuando avance en su evolución, demostrándole, además, cómo cada aspiración que se despierta en él, á medida que asciende, es más que satisfecha por la disposición beneficiosa que la Naturaleza ha planteado para él.

III

ARTIFICIALES

Pocas palabras bastarán sobre este aspecto de nuestro asunto. El plano devachánico está aún más poblado que el astral de elementales artificiales, llamados á una existencia temporal por los pensamientos de sus habitantes; y cuando se recuerda cuánto más grande y poderoso es el pensamiento en este plano, y que sus fuerzas son manejadas no sólo por los habitantes humanos encarnados y desencarnados, sino también por los Devas y por visitantes de planos superiores, se verá desde luego que la importancia y la influencia de tales entidades artificiales nunca se ponderarán demasiado. No creemos necesario repetir ahora lo que ya tenemos descrito en manuales anteriores respecto del efecto de los pensamientos de los hombres y la necesidad de vigilarlos cuidadosamente; y también se ha dicho bastante respecto de la diferencia del pensamiento en los niveles rûpa y arûpa, para demostrar cómo es llamado á la existencia el elemental artificial del plano devachánico y dar alguna idea de la variedad infinita de entidades temporales que pueden producirse así, y de la inmensa importancia del trabajo que puede hacerse y se hace constantemente por su conducto.

Los Adeptos é Iniciados hacen gran uso de ellos, é inútil es decir que las entidades artificiales formadas por mentes tan poderosas como éstas, son seres de una existencia infinitamente más larga y de un poder proporcionalmente mayor que cualquiera de las que hemos descrito al tratar del plano astral.

Al recorrer estas páginas, la primera idea que naturalmente nos asalta es un sentimiento de humillación ante la ineficacia de nuestros esfuerzos para describir en lenguaje terrestre las glorias inefables del mundo celeste. Sin embargo, por más lamentablemente imperfecto que sea el resultado de lo que nos hemos propuesto, es mejor que nada, y puede servir para llevar á la mente del lector un débil concepto de lo que le espera al otro

lado de la tumba; y aun cuando después de alcanzar este esplendente reino de la dicha, encontrará de seguro infinitamente más de lo que se haya podido imaginar, no tendrá, según esperamos, que rectificar ninguno de los datos que haya adquirido previamente.

El hombre, tal como ahora está constituído, encierra principios que pertenecen á dos planos aún más elevados que el Devachán, pues su Buddhi le representa en lo que por este mismo hecho llamamos el plano búddhico, y su Âtmâ en el tercer plano del sistema solar que se ha mencionado generalmente como el nirvánico. En el hombre ordinario estos principios más elevados se encuentran aún sin desarrollo alguno, y en todo caso los planos á que pertenecen, se hallan fuera de toda descripción mucho más que el devachánico. Basta decir que en el plano búddhico todas las limitaciones principian á desaparecer y que la conciencia del hombre se extiende hasta el punto de que ya no es teóricamente, sino por experiencia absoluta, como comprende que la conciencia de sus semejantes está comprendida en la suya propia, y siente, sabe y experimenta con absoluta perfección de simpatía, todo lo que está en ellos, porque son realmente parte de sí mismo; mientras que en el plano nirvánico avanza un paso más y experimenta que su conciencia y la de ellos son una sola, porque todos son en realidad facetas de la conciencia infinitamente más grande del Logos, en Quien todos viven, se mueven y tienen su ser; de modo que cuando «la gota de rocío se desliza en el resplandeciente mar,» el efecto que se produce es más bien como si fuese á la inversa, y el océano se vertiera en la gota, que entonces, por primera vez, experimenta que ella es el océano: no una parte de él, sino el todo. Esto puede parecer paradógico, absolutamente incomprensible, imposible por completo, pero, sin embargo, es absolutamente verdad.

Una cosa, por lo menos, se desprende de esto, y es que el estado dichoso del Nirvana no es, como algunos por ignorancia han supuesto, un estado de aniquilación, sino de actividad mucho más intensa y benéfica, y que á medida que nos elevamos más en la escala de la Naturaleza, nuestras posibilidades se hacen mayores, nuestro trabajo por los demás más grandioso y transcendental, y que la sabiduría infinita y el poder infinito sólo significan facultad infinita de servir, porque son dirigidos por el amor infinito.

C. W. LEADBEATER



GÉNESIS (1)

1. Doctrina secreta de los pitagóricos. — 2. Génesis de la cantidad. — 3. Génesis de la unidad. La perfección, el bien y la belleza. — 4. Génesis del infinito. — 5. Génesis de la Naturaleza. La evolución de las formas. El primer átomo centro de figura del universo. Producción incesante de átomos emanados del primero. La nebulosa central; su fraccionamiento en nebulosas parciales que se alejan cada vez más del centro del universo. La tétrada (*tetraedro regular*). La santa década (*combinación de diez tetraedros regulares ó dodecaedro*). La gran tetracthys (*combinación de cuatro dodecaedros*). Todos los números son decádicos (*todas las formas de la naturaleza son agregados regulares de dodecaedros regulares*). — 6. No hay cuerpos simples; todos son compuestos, todos son combinaciones matemáticamente posibles del primer átomo consigo mismo. Procedimiento de formación de los llamados cuerpos simples, y descripción de sus formas geométricas regulares. — 7. Alquimia. Posibilidad racional de conocer *à priori* todas las formas posibles, y de dirigir, dentro de ciertos límites, su evolución.

La evolución, el conjunto de las transformaciones de la Naturaleza, es, ante todo y sobre todo, y principalmente, un fenómeno geométrico. El que no vea que la evolución principia en la geometría, que el cambio de una especie en otra es un cambio de forma, y por lo tanto, un fenómeno geométrico, está ciego.

Tan luego como nos persuadimos de que todas las cosas son cantidades, y las cantidades formas geométricas de determinada clase de geometría, y de que cada cosa aparece creada por la combinación de dos formas

(1) Las tres obras publicadas por D. Arturo Soria y Mata, acerca del origen poliédrico de las especies, llamaron extraordinariamente nuestra atención, porque coinciden con las enseñanzas del Ocultismo, y más aún cuando nos enteramos de que su autor ni procedía del campo teosófico, ni tenía la menor idea del gran movimiento intelectual de que somos en España representantes.

Consideramos dichas obras como el principio de una tendencia de las hipótesis científicas modernas de fecundísimos resultados, y que en definitiva significará la confirmación elocuente de las doctrinas teosóficas; por lo cual, no dudamos un momento en recomendarlas á los estudiantes de ocultismo, pues tal es su importancia, que el segundo libro ya se ha publicado en francés, y los dos últimos se están traduciendo al inglés por personas versadas en el ocultismo, y que han sabido apreciar los trabajos del Sr. Soria.

Nos complace el ver que hombres como el Sr. Soria, completamente identificados antes con el positivismo y el materialismo de estos tiempos, salgan de su error, se desliguen del fanatismo científico imperante, mucho más fuerte en realidad que el fanatismo religioso, y principien á ver que en el idealismo está la verdad. Ellos concluirán por ver y confesar que entre todos los sistemas filosóficos idealistas debe prevalecer el idealismo teosófico.

Toda la ciencia moderna se estrella ante estas preguntas: ¿Qué es el átomo? ¿Qué es el éter? ¿En qué consiste la fuerza? Sin embargo, en estas y otras tales incógnitas, se fundan las ciencias exactas.

Los científicos menos fanáticos confiesan que nada saben.

Otros como el Sr. Soria tratan de despejar esas incógnitas, y al hacerlo, se persuaden de que el átomo macizo es una ilusión, de que la materia no existe, de que no hay más que ideas.

geométricas anteriores más sencillas, nos colocamos en el mismo camino en que se pusieron los grandes filósofos-geómetras anteriores á Pitágoras; y así, deshaciendo punto por punto el proceso evolucionista, llegamos como ellos á descomponer todos los cuerpos en décadas (*dodecaedros*) y en cubos, y las décadas y los cubos en tetraedros regulares, y éstos en planos, en líneas y en átomos, y éstos en puntos matemáticos inextensos; de suerte que tenemos que rendirnos á la evidencia matemática de que de la nada del punto matemático sale todo, sale el infinito de todas las cantidades posibles.

La creación del universo ex-nihilo, es un hecho matemático indudable, es un fenómeno geométrico que debe ser aceptado por todos, lo mismo por los que crean que la evolución comienza por decreto soberano de una voluntad omnipotente, como por los que crean que la virtualidad de la combinación existe por sí misma en la nada del punto matemático; lo mismo por los que crean que Dios existe antes del mundo y fuera de él, como por los que creen que el hombre asciende indefinidamente hacia la divinidad desde la nada, porque no afecta á la esencia del problema metafísico.

El aspecto darwiniano de la evolución, es el primero que se ofreció, sin duda, á los geómetras prehistóricos, antes de comprender que la evolución es pura geometría, y que todas las formas de la Naturaleza son derivadas de las combinaciones regulares matemáticamente posibles con el tetraedro regular.

Hay que retroceder veinticuatro siglos, hay que abandonar la falsa

---

En el terreno puramente científico ortodoxo, el Sr. Soria ha establecido que si la geometría del triángulo, hoy tan en boga, es importante, la geometría del tetraedro lo es mucho más, tanto, que la considera, con razón, como la base fundamental de la geometría de la Naturaleza; y ha descubierto multitud de formas geométricas, interesantísimas para la ciencia matemática, que han sido acogidas con desdén ó indiferencia inexplicable.

En el terreno de la inducción ó conjetural que para la ciencia ortodoxa no tiene valor alguno, es donde precisamente hallamos nosotros lo más estimable de los trabajos del Sr. Soria. Mas prescindiendo de sus atrevidas hipótesis concordantes con las afirmaciones ocultistas, es indudable que el fanatismo científico imperante no puede rechazar seriamente algunas como las de la nebulosa central del Universo, formada por una producción incesante de átomos, de la cual se desprenden nebulosas parciales cada vez más complejas y más alejadas del punto central del Universo; la de que todas las formas de la Naturaleza son agregados regulares de formas poliédricas regulares; el procedimiento de formación de los cuerpos simples, y otras varias hipótesis no menos dignas de estudio.

Nosotros estimamos que la teoría poliédrica del Sr. Soria señala el comienzo de una honda revolución, y mientras la prensa científica la rechaza, aunque sin atreverse á combatirla, y no juzga dignos de la publicidad los escritos de D. Arturo Soria, nosotros tenemos la satisfacción de darles cabida en las columnas de nuestra revista, porque la demostración de muchas verdades del ocultismo por uno que no es teosofista, tiene para nosotros un valor inapreciable.

La Redacción.

pista que la ciencia sigue, y continuar los secretos trabajos pitagóricos sobre la geometría del tetraedro, mil veces más importante que la geometría del triángulo, que es la moda científica de estos tiempos.

Mi descubrimiento de que las combinaciones del tetraedro engendran á los otros cuatro poliedros regulares pitagóricos, es la demostración visible y palpable de que todas las formas son unas y trinas al mismo tiempo, y de que existe la evolución en geometría. De la evolución geométrica se deduce la evolución química, y de ésta la evolución de las nebulosas, de los minerales, de los vegetales, de los animales y de los hombres.

Todo es geometría: desde los fenómenos químicos hasta los psíquicos é históricos, todos son fenómenos geométricos, expresión de una geometría cada vez más complicada, una serie indefinida de unidades pitagóricas que, combinándose consigo mismas y con las demás anteriores, engendran nuevas unidades más perfectas, sin término ni fin, hasta llegar á una humanidad cada vez más perfecta.

De donde se infiere que la esperanza de los antiguos en la aparición de un hombre perfectísimo, de un hombre-Dios, tenía una base racional solidísima, un fundamento matemático, el mismo que tienen en nuestros tiempos el instinto del progreso, la esperanza vaga de una honda revolución social, la tendencia á entregar en manos de un dictador político, religioso ó científico, todos los tesoros de nuestras ilusiones.

Yo rechazo la dictadura científica de Darwin; acepto la más alta de Pitágoras, cifra y compendio de la sabiduría histórica y prehistórica, y á ella me someto.

I

La doctrina pitagórica, ó mejor dicho, la parte que de ella ha llegado hasta nosotros, deja en el ánimo una profunda impresión de grandeza envuelta entre nieblas. Es un jeroglífico á primera vista indescifrable; se adivina, se presiente que allí debajo late algo grande, pero no podemos ni precisar sus contornos, ni aquilatar la belleza de sus proporciones.

Conceptos que nos parecen desde luego disparatados ó sin fundamento, nos inspiran, sin embargo, un inexplicable respeto. Lo impar es perfecto, lo par imperfecto; la unidad es par é impar al mismo tiempo; en

la unidad se confunden los contrarios, etc., etc. No nos atrevemos á reirnos de estas y otras muchas parecidas afirmaciones, si bien no falta quien se haya reído de ellas y calificádolas de futilezas, porque una vaga intuición nos inclina á presumir que la enseñanza pitagórica es obscura por incompleta, y que si conociésemos toda la verdad, si viésemos escrita la enseñanza oral de Pitágoras, si nos iniciasen en los secretos del pitagorismo, entonces aparecería clara y esplendorosa á nuestra vista.

Yo creo haber descifrado buena parte del jeroglífico; yo tengo la pretensión de haber visto descorrido el velo que encubría los impenetrables misterios pitagóricos, en su parte esencial al menos.

La solución que yo doy, podrá no ser cierta, pero lo que nadie podrá negar, es que con ella todas las dudas se disipan, las contradicciones se justifican, y lo que parecía dudoso y obscuro, aparece repentinamente iluminado con los divinos resplandores de la verdad.

Nos hallamos en presencia del criterio filosófico más vigoroso y más profundo.

En él la ciencia filosófica y la ciencia matemática, se confunden en una sola ciencia, y por esto sus enseñanzas filosóficas tienen los caracteres de infalibilidad de las afirmaciones matemáticas.

No he descubierto el misterio pitagórico adrede, con propósito deliberado, en virtud de esfuerzos dirigidos con tal fin; el hecho no tiene, por lo tanto, mérito alguno, porque ha sido mera coincidencia. Al descubrir varios sólidos geométricos, desconocidos para los modernos geómetras, y singularmente uno que yo llamé doble pentatetraedro, que es la combinación regular de diez tetraedros regulares iguales, al admirar las singulares circunstancias que concurren en tan extraña figura, recordé la veneración de los pitagóricos por su década, é imaginé, sin el menor esfuerzo intelectual, que mi doble pentatetraedro pudiera ser la santa década de los pitagóricos, y con tan sencilla clave se vé clara toda la doctrina pitagórica, y divisamos con asombro todo su alcance extraordinario.

Así es, en verdad, sin género alguno de duda, porque la prolija consideración de esta hipótesis esclarece, cada vez más, las teorías pitagóricas, y nos revela el profundo sentido de su concepto de la unidad, el por qué la unidad es conciliación de los contrarios, el por qué lo impar es perfecto y lo par imperfecto.

Una vez entendida rectamente la filosofía pitagórica, se advierte su inmensa superioridad sobre todos los demás sistemas. Quien llega á per-

suadirse de lo que es la unidad, posee un criterio infalible para juzgar todas las cosas, tiene en su mano el inmenso poder de la verdad, vé con claridad en qué consisten el bien, la perfección y la belleza; penetra más adentro que los demás en el conocimiento de la génesis de las cosas.

La coincidencia de muchas de mis investigaciones con las doctrinas pitagóricas conocidas ó exotéricas, me hace creer en virtud de muy legítima inducción, que coinciden también con las doctrinas secretas, reservadas ó esotéricas.

Al cabo de veinticuatro siglos, reaparecen las ideas y los propósitos de Pitágoras con nuevo vigor.

Su sueño teológico y político ha sido realizado en buena parte por la iglesia católica. La instauración de las castas sabiamente establecidas por el brahmanismo indio, lleva trazas de consolidarse en el Occidente, afirmando el predominio de la virtud y del saber sobre las imperfecciones de las multitudes democráticas, y la importancia de los organismos colectivos, con relación á las células aisladas del cuerpo de la Humanidad, porque no es posible negar que existen las castas con caracteres bien definidos: la sacerdotal-científica, la guerrera-política y la casta agricultora, industrial y comerciante, con sus correspondientes parias.

Su sueño científico no ha tenido la misma fortuna. La geometría que para él era, con razón, la base más firme para el conocimiento exacto de la Naturaleza, ha sido menospreciada y olvidada, de donde resulta que todas las ciencias, incluso las matemáticas, hasta cierto punto, son hoy ciencias inexactas. A un criterio de infalibilidad hemos sustituído los tanteos, la aproximación sobre poco más ó menos.

En el terreno teológico-político no pudo soñar con más alto intérprete y continuador que Santo Tomás de Aquino, ni con discípulos más aprovechados que los miembros de la iglesia católica.

Pero en el terreno científico, su desventura ha sido inmensa, porque en rigor todos los grandes filósofos son discípulos suyos, y pocos han reconocido rectamente su indiscutible jefatura.

Discípulos suyos son Platón, San Agustín, Raimundo Lulio, Leibnitz y Hegel, sobre todo los dos últimos, que son los legítimos herederos del inmenso caudal científico de Pitágoras, los verdaderos discípulos de Pitágoras.

Las mónadas de Leibnitz no son otra cosa que los *unos* pitagóricos. Quizá no se atreviera Leibnitz á proclamarse francamente discípulo de

Pitágoras, porque su fino olfato político le hiciese creer que la leña verde de la hoguera de Jordano Bruno no se había apagado todavía; Raimundo Lulio fué un clarividente de la importancia colosal de la ley combinatoria, pero no vió que esta enseñanza venía de Pitágoras.

Platon procuró conocer toda la doctrina pitagórica, pero no pudo, sin duda, averiguar la parte secreta transmitida de palabra. Platon nos parece un discípulo divulgador de parte de la doctrina del divino Pitágoras, más aún que maestro con personalidad independiente.

San Agustín representa la tradición del pitagorismo científico dentro de la Iglesia, así como los gnósticos la representan fuera de la Iglesia, porque los gnósticos son los verdaderos protestantes de la iglesia católica, puesto que no protestan de la conducta humana de la casta sacerdotal, sino de la pureza en la interpretación de la doctrina pitagórica.

Santo Tomás representa, dentro de la Iglesia, la más alta afirmación pitagórica, la del *primer uno*, definición de Dios, la más clara posible, á nuestro juicio, para ser entendida por la razón.

Hegel, el gigantesco Hegel, representa fuera de la Iglesia la más importante afirmación pitagórica; porque al decir: *«la nada es el ser»*, coincide con la esencia fundamental de la doctrina secreta de Pitágoras, la cual demuestra científica y experimentalmente, racionalmente, que de la nada, del cero de cada clase de cantidad, puede salir, y sale en efecto, por virtud de la combinación, algo, mejor dicho, sale todo lo posible, el infinito de la cantidad.

Y como el actual pretendido divorcio entre la ciencia y la religión, consiste precisamente en que si la fé asegura que Dios hizo el mundo de la nada, la razón, al creer que de la nada no puede salir algo, quita todo valor á las intuiciones de la fé, es evidente que si puede haber concordancia perfecta entre las verdades religiosas y las científicas, no puede ser establecida sino por la tendencia filosófico-científica de Pitágoras, la que demuestra que de la nada puede salir algo, que al combinar cualquier cosa consigo misma, aparecen cosas nuevas que antes no existían.

La filosofía de Santo Tomás, la de Hegel y la de Pitágoras, son tres aspectos distintos de una misma verdad, manifestaciones hipostáticas de una verdad trina y una al mismo tiempo Cada una de ellas es síntesis de las otras dos, tomadas como tesis y como antítesis.

La niebla de los sofismas kantianos, difundida por la atmósfera intelectual de nuestro siglo, nos tiene sumidos en la tristeza y en la desespe-

ración de la duda. Laboremos por dar á nuestro espíritu las sanas alegrías que engendra la posesión de la verdad. Esperemos que luzca al fin, y por los siglos de los siglos, el sol esplendoroso de las indestructibles verdades pitagóricas, porque ya no hay razón alguna para que sean secretas y reservadas para un corto número de elegidos.

Yo, que veo la gran escuela pitagórica solitaria, abandonada por la ciencia oficial, sin que los grandes prestigios científicos de nuestro tiempo se dignen honrarla y honrarse con su grandeza, acudo como el más humilde de cuantos discípulos puedan acercarse á ella á proclamar sus verdades y á divulgar sus enseñanzas.

Aun cuando no creo en la metempsicosis ni en otros símbolos de profundas verdades, ni me abstengo de comer carne, ni visto blanca túnica, me considero discípulo de Pitágoras, y como tal, pretendo demostrar que los métodos experimentales de la ciencia moderna, son empíricos, no tienen base racional, y que la verdadera experimentación es la geométrica, porque siendo todos los objetos de la Naturaleza combinaciones regulares de poliedros regulares, esto es, *unos* pitagóricos, podemos conocer *a priori* todas las formas y todos los fenómenos posibles, si efectuamos la serie graduada de las combinaciones posibles con los poliedros regulares, pasando de las más sencillas á las más complejas, de las causas á los efectos, desde la nada hasta el infinito.

Al exponer, pues, mi teoría, creo ser fiel intérprete y vocero de la doctrina secreta de los pitagóricos.

La evolución darwiniana de que tanto se envanece la ciencia moderna, es un aspecto parcial, confuso é insignificante de la verdadera evolución, que es la que se deriva de las grandes enseñanzas de la filosofía pitagórica. Aquélla pretende conocer el mundo, en virtud de una experimentación empírica divorciada, ó alejada cuando menos, de la ciencia matemática; ésta procede por la única experimentación racional, por la que se identifica por completo con las eternas verdades matemáticas que rigen el mundo y camina por consiguiente con absoluta seguridad, juzgando todas las cosas con el criterio de la infalibilidad matemática.

Este criterio ha estado oculto hasta hoy, porque convertido en ruinas el soberbio palacio científico levantado por Pitágoras, no se ven más que algunas piedras esparcidas sin orden ni concierto. Yo he tenido la fortuna de advertir cómo unas piedras se enlazan con otras, y de reconstruir una buena parte de la construcción pitagórica, y al admirar sus colosales

proporciones y su inmortal belleza, incomparablemente superior á la de las estatuas de Fidias y Praxíteles, llena el alma de la inmensa alegría del hallazgo, deseo contribuir á la felicidad y al progreso del género humano, divulgando las maravillas de las enseñanzas pitagóricas.

ARTURO SORIA Y MATA

(Se continuará.)



LA FILOSOFÍA SÂNKHYA

POR

BERTRAM KEIGHTLEY

(CONTINUACIÓN)

Esto nos conduce á lo que, en todos los grandes sistemas indios forma su objeto dominante, la íntima razón de su existencia. Porque ninguno de ellos pretende dar simplemente una satisfactoria, sólida y racional explicación del Universo, lo cual constituye exclusivamente el fin y la tendencia de todos nuestros modernos sistemas occidentales. Dichos sistemas indios tienen, desde luego, un fin mucho más elevado y más práctico, que es enseñar al hombre cuál es su meta suprema, y cuáles son los medios para alcanzarla; así es que, en todos ellos, el problema de la liberación ó de poner término al «yugo», es lo que más temprano ó más tarde viene á ser la cuestión dominante. Como es de suponer, cada sistema tiene su solución peculiar, si bien bajo ciertos respectos coinciden en el fondo. La solución propuesta por el sistema *Sânkya*, es que la liberación resulta del conocimiento, pero de un conocimiento de naturaleza especial, á saber: el conocimiento del Yo y del no-Yo, ó bien, como podríamos decir, del Espíritu y de la Materia. Para enunciar esto en la forma que se encuentra en los originales, he aquí el orden que sigue: «conocimiento distintivo de lo manifestado (formas de materia), lo inmanifestado (*Prakriti* ó materia fundamental), y el conocedor (Alma).» Aun esta breve exposición envuelve todo un sistema, y el resto es simplemente el desarrollo, en más ó menos detalles, de lo que está aquí contenido.

Porque si la liberación debe ser alcanzada por medio de este conoci-

miento distintivo, claro está que la causa del «yugo», esto es, el ser forzosamente arrastrado por la rueda del nacimiento y de la muerte, debe estribar en la falta de discernimiento entre el espíritu y la materia, ó usando la terminología *Sânkya*, entre *Purusha* y *Prakriti*. Y como quiera que esto constituye la esencia misma de la filosofía, nuestra primera tarea debe ser evidentemente representarnos, con la mayor claridad posible, lo que aquellos antiguos pensadores entendían por estas dos palabras.

Bajo todos los puntos de vista, excepto uno, *Purusha* y *Prakriti*, son la perfecta antítesis el uno del otro. Su única característica común, es que ambos son igualmente reales, igualmente increados, igualmente sin principio ni fin; bajo todos los restantes conceptos, estos dos principios deben ser considerados como diametralmente opuestos entre sí. Así es que *Prakriti* está eternamente sujeto á cambios ó mutaciones incesantes, siendo realmente el cambio su verdadera esencia; mientras que *Purusha* es siempre inmutable, simple, no combinado y absolutamente inactivo; toda modificación, toda transformación, alteración ó movimiento, pertenecen exclusivamente á *Prakriti* y á sus modificaciones. *Prakriti* siempre es objeto, ó — como dicen generalmente los textos — existe para el propósito de otro (de *Purusha*); es no-espiritual, inconsciente y productor; toda vez que *Prakriti* existe para el objeto de *Purusha*, éste, á su vez, es Espíritu ó conciencia, y nada produce. Finalmente, *Prakriti* está constituído por los tres *Gunas* ó cualidades: *sattva*, *rajas* y *tamas* — que se explicarán más adelante — mientras que *Purusha*, siendo absolutamente simple ó no-compuesto, no puede tener constituyente alguno. *Prakriti* es el actor, el ejecutor; *Purusha* es un simple testigo ó espectador, no teniendo eternamente acción de ninguna clase. El placer, el dolor y todas las demás afecciones, pertenecen exclusivamente á *Prakriti*, en tanto que *Purusha* jamás es impresionado por ellas. Finalmente, *Purusha*, siendo siempre puro, nunca puede ser, extrictamente hablando, esclavizado ni libertado, y de ahí que tanto la esclavitud como la liberación no se aplican en rigor más que á *Prakriti*. *Purusha*, si bien es «subtancia», esto es, realmente existente, es inmaterial, mientras que *Prakriti* es materia en todas sus formas, ó más especialmente, la materia fundamental, la raíz de la materia ó último protilo.

Quizá haré más clara esta distinción entre *Purusha* y *Prakriti*, citando algunos de los ejemplos ó comparaciones, por medio de los cuales los

antiguos escritores pensaron muchas veces hacer más inteligibles dichos conceptos. La imagen más comúnmente empleada para aclarar la relación que existe entre el inconsciente pero creador *Prakriti*, con el consciente pero improductivo é inactivo *Purusha*, es el de la alianza de dos hombres, cojo el uno y ciego el otro. Cada uno de ellos por sí mismo está imposibilitado; el cojo, aunque puede ver, no puede andar ni llegar al punto donde se propone ir; el ciego puede andar, pero no ve adonde se dirige. Mas cuando el ciego toma sobre sus hombros al cojo, cada uno de ellos suple la falta del otro: de manera que juntos llegan al término de su viaje. En este caso, el hombre cojo es el inactivo *Purusha*, que puede ver, esto es, es consciente, pero no puede moverse ni obrar; mientras que el ciego que puede andar es el inconsciente, al par que activo *Prakriti*, el ejecutor de toda acción. Por la alianza del ciego con el cojo, se consigue el objeto apetecido, ó en otros términos, por la asociación de *Purusha* con *Prakriti*, el Universo existe y el hombre alcanza su meta, ó sea la liberación.

Esta actividad inconsciente de *Prakriti* en favor de *Purusha*, es muchas veces comparada á la leche que fluye inconscientemente de la ubre de una vaca en beneficio del ternero. Y mientras que toda la actividad de *Prakriti* está empleada exclusivamente en interés de *Purusha* para su goce (1) y liberación, según la filosofía *Sánkhya* — esto es, con el fin de presentar los objetos de sensación y conocimiento al alma (*Purusha*), y conducirla así al conocimiento de sí misma — nos encontramos con que á menudo *Prakriti* es comparado á un excelente y desinteresado servidor, que no recibe de su amo (*Purusha*) ni agradecimiento ni salario alguno en cambio de sus servicios; igualmente se ha comparado á un cocinero que guisa la comida para su señor, ó á un esclavo que por su nacimiento y naturaleza no puede hacer otra cosa que servir á su amo; algunas veces también se le compara á un paciente asno llevando la carga de madera de sándalo para su amo, sin acordarse del suave olor que ella despide, y sin sacar el menor beneficio de su penoso trabajo.

Con ayuda de todas estas analogías, no es muy difícil formarse una idea clara de cómo los Sânkhyas se trazaron para sí mismos la relación ó conexión que hay entre *Purusha* y *Prakriti*, el Espíritu y la Materia, la Subjetividad y la Objetividad. Pero al asociar con el *Purusha* y el *Prakriti* de los Sânkhyas nuestros términos occidentales Espíritu y Materia,

(1) Literalmente: *Bhoga* — fruición en el sentido de experimentar dolor y placer, considerados como fruto de la acción

Sujeto y Objeto y otros análogos, quizá será oportuno advertir al lector que evite comprender en dichos términos Sânkyas todas las correlaciones y connotaciones que estas palabras occidentales nos sugieren, por más que ellas sean las voces castellanas más aproximadas á la verdadera significación de aquellos términos. Así es que, según como se considere, objetividad y objeto dan una idea más exacta de *Purusha* que las palabras Espíritu ó Conciencia. En realidad, *Purusha* denota un concepto que no puede identificarse con ninguna de las formas de subjetividad ó conciencia de que tenemos experiencia en el estado ordinario de vigilia, si bien fuera de *Purusha* ninguna conciencia es posible en absoluto. En sentir de los *Sânkhyas*, todo cuanto conocemos como «conciencia», «sensación», «sentimiento», «percepción», «pensamiento», etc., procede de la unión de *Purusha* con *Prakriti*. No quiere esto decir que *Purusha* sea modificado por esta circunstancia, ó que estas diversas palabras «conciencia», «sensación», etc., designen estados ó condiciones de *Purusha* producidos por su unión con *Prakriti*. Entender esto así equivaldría á interpretar al revés dicho sistema, porque, según veremos detalladamente en otro lugar, el sistema *Sânkhya* considera todas estas «formas de conciencia» — como nosotros podríamos llamarlas — como puras y simples modificaciones, transmutaciones y actividades de *Prakriti* ó materia, las cuales, siendo por sí mismas absolutamente materiales y desprovistas de conciencia, son, por decirlo así, hechas conscientes, inducidas á la conciencia, instruídas y enseñadas con la subjetividad, por efecto de su unión con *Purusha*. Así, tenemos que únicamente á la presencia de *Purusha* se debe que estas cosas, que son realmente condiciones y actividades de *Prakriti* ó materia, vengan á cubrirse, digámoslo así, de un tinte de conciencia, por cuanto es enteramente á *Purusha* á quien se debe todo lo que conocemos como conciencia. Por otra parte, *Purusha*, por sí mismo, esto es, en su condición libre, es, según la filosofía *Sânkhya*, algo tan completamente distinto de todo cuanto conocemos, que únicamente puede ser descrito por medio de negaciones, como por ejemplo: «no es esto, no es lo otro, ni lo de más allá; no es de este modo, ni del otro.»

La comparación más generalmente empleada para aclarar este punto, es la de un cristal, en el cual se refleja una flor roja de hibisco. Por efecto de la proximidad de la roja flor, el cristal parece igualmente rojo; pero en realidad, ni el cristal ni la flor han experimentado cambio alguno. Así también, la proximidad de *Purusha* á *Prakriti* y sus modificaciones, hace

que este último parezca consciente, mientras que en rigor está desprovisto de conciencia, de la propia manera que el incoloro cristal parece rojo por razón de su proximidad á la flor, ó continuando con la misma comparación: *Purusha* parece experimentar las modificaciones de sensación, percepción, etc., debidas al hecho de reflejarse en él estas diversas modificaciones de *Prakriti*, siendo así que realmente no experimenta más cambio que el cristal incoloro que parece rojo por efecto de la reflexión de la roja flor del hibisco.

Para terminar estas observaciones acerca de *Purusha*, conviene recordar que la filosofía *Sânkhya* enseña la existencia de innumerables «*Purushas*» ó almas individuales, á las cuales considera que han existido desde toda la eternidad, y que, durante toda la eternidad están destinadas á continuar siendo absolutamente *individuales*. De ahí se sigue que la palabra *Purusha* representa siempre un alma *individual*, tanto si está encadenada á la vida y á la muerte, como en su condición libre, no debiendo jamás, de acuerdo con la filosofía *Sânkhya*, ser considerada de una manera distinta. Existe verdaderamente una hueste infinita de *Purushas* individuales frente á frente de *Prakriti*; mas para mayor sencillez, en las precedentes observaciones no he hablado más que de un solo *Purusha* individual, puesto que lo que se afirma de uno, puede afirmarse de todos; la única diferencia consiste en estar libre ó no estarlo un *Purusha* determinado.

Habiéndonos ya hecho cargo de los dos conceptos más fundamentales del sistema *Sânkhya*, falta sólo decir dos palabras acerca de una peculiaridad en su concepto de la causación, y acerca de lo que reconoce como medios legítimos y seguros, por los cuales pueda alcanzarse el conocimiento ó prueba, y nos encontraremos, así lo espero, en una disposición feliz para seguir con clara comprensión las líneas principales del sistema en conjunto.

En todo el pensamiento filosófico indio hallamos una clara y estricta separación entre dos clases de causas: la causa material y la operativa ó eficiente. La causa material de una cosa, es la substancia ó materia de que procede y de que está constituída; mientras que por causa operativa ó eficiente, los pensadores indos consideran no sólo la ocasión ó motivo para la producción de una cosa, sino también los medios por los cuales ésta es producida. Así, pues, la causa material de una olla es el barro, y su causa eficiente es el alfarero con su rueda y otros enseres.

La ocurrencia de algún hecho es generalmente condicionada por toda una cadena de *causas eficientes ú operativas*, que no hay necesidad, en modo alguno, de que sean idénticas en los casos similares; la *causa material* de una cosa, es, por el contrario, siempre la misma: un producto definido debe proceder siempre de una causa material definida, como por ejemplo, una olla procede del barro, una tela de hilos. De ahí que naturalmente la causa material venga á ser considerada como la causa principal en la producción de una cosa cualquiera, en tanto que las causas eficientes son consideradas como accesorias ó incidentales. Y desde el momento en que las causas eficientes ú operativas no pueden producir ninguna cosa nueva, sino solamente efectuar cambios en lo que ya existe, la doctrina *Sânkhya* de causación se relaciona principalmente con el concepto y la naturaleza de la *causa material*.

Este sistema parte del principio *ex nihilo nihil fit*, ó en otras palabras: una cosa no puede ser su propia causa, y una substancia sólo puede proceder de una substancia; lo cual equivale á afirmar la eterna existencia de la materia ó *Prakriti*, puesto que un acto creador, siendo la acción una cualidad, únicamente puede ser la causa operante del mundo, y no su causa material. Y aquí llegamos á la peculiaridad más importante en el concepto *Sânkhya* de la causación.

En su sentir, la relación de causa y efecto, ó causa material y producto, no es simplemente la relación de antecedente y consiguiente *en tiempo*. Fundándose en el supuesto de que cada producto debe contener en sí mismo su causa material, y que el primero (el producto no podría existir sin la continuada existencia de la última (la causa material), el filósofo Sânkhya sostiene que ambos son idénticos, con lo cual se da á entender que el producto se diferencia de su causa material solamente con respecto á sus cualidades, no con respecto á su substancia. Así es que una corona no es más que oro; la olla nada más que barro; la tela nada más que los hilos que la componen. Y por razón de esta unidad — ó coexistencia, como podríamos llamarla — de causa y resultado, dedúcese que no se puede admitir la *originación* de un producto, puesto que esta pretendida originación no es, en realidad, otra cosa que una manifestación, ó sea el acto de hacerse perceptible. La forma ó condición de una cosa puede cambiar, pero la materia que la compone es eterna y permanece igualmente real, lo mismo si está manifestada que si está fuera de manifestación.

La importancia de esta doctrina de causación en la filosofía *Sânkhya*, resultará patente y manifiesta cuando veamos sus constantes aplicaciones en el desarrollo de los detalles del sistema.

Finalmente, con respecto á los medios de conocimiento ó prueba, los Sânkhyas admiten los tres siguientes: percepción por los sentidos, inferencia y competente testimonio, esto es, revelación váidica. Prácticamente, sin embargo, como ya se ha dicho, el primitivo Sânkhya pone en juego únicamente los dos medios primeros, aumentando en frecuencia las apelaciones á las Escrituras, en algunas de las últimas producciones de dicha escuela.

(Se continuará.)

VARIEDADES HISTÓRICAS

POR FILADELFO (M. S. T.)

II

BOSQUEJO ACERCA DE LA EVOLUCIÓN DE LOS HEBREOS

JESUS Y SU EPOCA

La existencia misma de Jesucristo ha sido negada. Ernest Renan, en su obra *La vida de Jesús*, le presenta como una figura poética, casi mítica. Los libros judíos aluden brevemente al Nazareno bajo el nombre de «Jehoshuah,» y ni siquiera puede afirmarse que se trate de Jesús. En cuanto á nosotros, creemos en su existencia (1). Si hacemos abstracción de la leyenda, de la extensión que adquirió el cristianismo, del papel desempeñado por los Apóstoles, observamos *dos hechos* sobresalientes: la perturbación profunda de la época y sociedad en que vivía Jesús; un intento de reformas contrarias al genio fanático hebreo, contrarias á la doctrina de Jehovah-dios, envidioso, absoluto, enemigo de todo cambio, de toda evolución.

El partido judío dominante ú ortodoxo, siempre había reprimido toda tentativa de reforma, toda veleidad de independencia iniciadas en el seno mismo del grupo; no obstante la conversión de la Judea en provincia ro-

(1) Es verosímil, si no cierta

mana, ó á causa de esto mismo, no había transigido en lo más mínimo; conservaba el fanatismo hebreo toda su dureza (y no ha sufrido en nuestros días la menor alteración). Dos escuelas talmúdicas disputábanse la supremacía: la de *Schammaï* y la de *Hillel*. Dominaba en la primera una severidad exagerada é implacable, la segunda distinguíase por su moderación: era más tolerante, más humana.

A la segunda probablemente debió Jesús, discípulo de los doctores de la Sinagoga, sus primeras inspiraciones. Allí aprendió que la letra mata y que el espíritu vivifica; que las prácticas, costumbres y ritos no constituyen la esencia de la vida religiosa que son necesarios cierto fervor del alma, cierta espontaneidad del sentimiento— que el olvido de las injurias, el amor al prójimo, el auxilio social son igualmente manifestaciones religiosas. Aprendió á despreciar á los fariseos, indignóse contra los mercaderes del Templo, y sublevóse su corazón generoso contra el espíritu de secta.

No pudiendo la tradición arcaica comprender exactamente esas enseñanzas que venían simplemente á desarrollar la doctrina de Hillel, maestro reconocido sin embargo, rebelóse aquélla al sentirse amenazada, y persiguió a Jesús. Mas la reforma religiosa es cierta, innegable; como personaje de la historia, Jesús es poco y mal conocido, mal dilucidados los detalles de su biografía. Una fe ciega los ha adulterado. No cabe dudar de que, merced al espíritu analítico de nuestra época y á los documentos más exactos y abundantes que cada día se descubren, recuperará poco á poco ese período de la historia su carácter humano.

El cristianismo es un hecho: ¿cuál es su origen, su génesis, su evolución, su progreso y decadencia? Ha sido, bajo ciertos aspectos, un progreso sobre el judaísmo, y tiene su lógica.

Precisar su carácter sin extraviarse en el laberinto de los mitos fabulosos y de las quimeras incomprensibles: tal es la obra que el historiador religioso ha de llevar á cabo.

Observe éste con espíritu imparcial nuestra época: este conflicto de doctrinas tan diversas, tan contradictorias, esas dudas referentes á principios é ideas considerados como inatacables, ese incesante análisis de todas las formas religiosas, políticas, sociales y estéticas; tenga en cuenta la diversidad de las épocas, remóntese á 2.000 años atrás, y procediendo por ley de analogía, la solución de no pocos enigmas le será revelada.

La religión hebráica es una especie de codificación análoga á la de

Napoleón I, á principios de este siglo, abrazando en un mismo Código el derecho consuetudinario, el derecho romano y los fallos de la jurisprudencia, de acuerdo con su Consejo de Estado. Entre los hebreos, un Sanhedrín, ó tribunal rabínico superior, representaba al Consejo de Estado.

El Código elaborado era, á la vez, un Código civil y religioso por varias razones.

a) *Primeramente*, en aquellas épocas lejanas, no tenía la Sociedad el carácter puramente civil que tiene hoy día; confundíanse continuamente los dominios de lo temporal y de lo espiritual. Hasta una época posterior no debía producirse la diferenciación de esos elementos.

b) *Luego* la *Biblia* misma (como esas leyes derivadas que son eco lejano de aquélla), era un libro complejo, en el que aparecía constantemente ese doble carácter, sin distinción bien marcada.

c) *En fin*, era un medio de agrupar á los Israelitas que el destierro, las persecuciones, el nacimiento de sectas disidentes y de partidos religiosos intolerantes, separaban y dispersaban cada día más: de unirlos gracias al sólido lazo de las tradiciones y de las leyes redactadas *ad æternum*.

Proponíanse, en efecto, los redactores de aquellos tratados, ligar á las generaciones presentes y futuras á la vez — la Ley (Thorah) siendo divina en su origen y esencia — era inmutable, no susceptible de evolución y transformación; cadena destinada á unir á todos los miembros esparcidos de Israel á través de la diversidad de los tiempos y de los espacios. La costumbre y la interpretación, habiendo sido durante largo tiempo orales, ganaban con ser insertadas en una compilación duradera; mas en nada alteraba esto el fondo mismo, siempre permanente. Más bien que un descubrimiento ó creación, era un procedimiento.

Tal era el pensamiento que animaba á los doctores del Talmud, que aún anima á ciertos rabinos modernos. Interpretar que lo que es — seguir dócilmente la *tradición* — no desplegar jamás iniciativa alguna. En todos tiempos hubo el rabino de contentarse con este papel de intérprete. Entre él y un israelita cualquiera, sólo hay la diferencia del más instruído al que lo es menos.

No tiene poderes especiales: posee un diploma y nada más. Nada es más fácil al láico que á su vez llegar á ser clérigo, y sobrepujar en erudición al rabino; en efecto, esto resulta con frecuencia; en derecho, esto se recomienda. «Seréis una nación de sacerdotes.» «Seréis santos,

porque yo lo soy» — dice la *Biblia*. — En la Sección siguiente expondremos cómo estas doctrinas de este modo recogidas, impregnaron la población judía; de qué modo Hillel, el Anciano, las divulgó; cómo Jesús las comprendió, conoció y transformó; y además la influencia de los rabinos y del tiempo sobre este discípulo innovador.

Aun hoy es fácil encontrarlas en los libros hebreos y en los centros israelitas ortodoxos, donde constituyen materia de estudio, y llegar á reconstituir una época — el principio de la Era cristiana — cuyo carácter se alteró grandemente por la leyenda.

BIBLIOGRAFÍA

Hemos recibido el libro titulado *The Human Aura* (El Aura Humana) de A. Marqués, S. D., el cual contiene materias interesantísimas, muchas de ellas esotéricas hasta hace algún tiempo, según su autor, y cuyo estudio recomendamos eficazmente á los teosofistas. El libro contiene, como ilustración, un precioso cromo representando el Aura humana con sus diversos colores, en relación con los principios de la constitución del hombre; y en este punto se nos ocurre decir que si bien nos explicamos los estudios hechos por clarividentes adelantados, hasta del Cuerpo Mental y aun quizás del Cuerpo Causal — por más que esto implique casi el Adeptado — no así los estudios respecto del Cuerpo ó Alma Espiritual, Buddhi; y menos aún del Rayo Átmico ó esfera superior del Huevo Áurico, sólo visible y accesible á los más altos Iniciados. Aparte, pues, de ciertas afirmaciones, cuya responsabilidad dejamos por completo á su autor, consideramos este nuevo libro como una obra muy valiosa para los amantes del Ocultismo, los cuales encontrarán en ella datos y explicaciones que dan bastante luz sobre varios de los innumerables problemas que aún permanecen velados y semivelados en la literatura teosófica.

UNA CONFERENCIA SOBRE TEOGONÍA INDA

En el Museo Arqueológico Nacional se dió el 19 del pasado mes una conferencia con el transcendental tema *La Teogonía india explicada en sus monumentos*. A escuchar al conferenciante, Sr. Gorostizaga, acudieron próximamente unas cincuenta personas, lo cual en España indica un cierto progreso de estos estudios de algunos años á esta parte.

Es de agradecer, y nosotros en especial no podemos menos de estimar

en su justo valor los buenos deseos del Sr. Gorostizaga al emprender tan difíciles y serios estudios, pero estamos muy lejos de admitir los resultados y conclusiones que de ellos deduce. Éstas son en absoluto erróneas.

El conferenciante no conoce la India, ni su literatura, ni su historia, ni su filosofía; y por ende, es casi seguro que no ha leído á ninguno de los sanscritistas é indólogos de peso.

Cree de buena fe que la India es un país de ídolos y no ha visto en ella otra cosa. No conoce (ni casi los ha oído nombrar), los libros sagrados y filosóficos de aquel país, porque dice que los sacerdotes *los ocultan dominados por el obscurantismo*, y que *ni naturales ni europeos* pueden llegar hasta ellos. Ya hoy se sabe la elasticidad de este concepto, y si no dígalo el Maestro H. P. Blavatsky; y sin picar tan alto, el mismo Max Müller, Wilson, etc.

Le choca y le parece contrario á la razón que en la India el Brahman se reserve la posesión de los libros sagrados, y no cae en la cuenta de que hacen lo mismo y más los sacerdotes católicos cuando prohiben *la lectura é interpretación de otra Biblia que no sea la de ellos*.

Todo lo que conoce acerca de la Teogonía inda, pudiera decirse que se reduce á dos manuscritos franceses que vinieron á parar á nuestro Museo, uno de ellos en 1856, como complemento ilustratorio de algunos ídolos y figuras simbólicas, todo ello en concepto de regalo.

Ambos manuscritos carecen de valor, toda vez que en ellos se estudia una de las formas más elevadas y arcaicas de la religión, *á la luz del diluvio universal* en su aspecto católico.

Para el estudio cabal de la Teogonía inda, establece tres períodos en su historia: uno *idealista*, otro *materialista*, y por fin, uno *reformista*. En el primero el pueblo indo adora *el sol, la luna*, etc., es á modo de los feiticistas y crea á Parabrahma (!). En el segundo período aparece la *Trimurthi, algo parecida á nuestra Santísima Trinidad*, y luego aparecen todos los dioses, á los que describe sin pasar del aspecto vulgar en que pudiera hacerlo el último de los Diccionarios.

Como la conferencia es práctica, explica con los objetos del Museo á la vista, y al tratar del culto á Durga (de la que existe un curioso retablo en el Arqueológico), describe todos los seres que la rodean en su característico conjunto, y de paso cuenta una porción de consejas, ya pasadas de moda, sobre los tales personajes (Ganeça, Laksmi, Saraswati, Kartikeya, etcétera.)

Recomendamos al Sr. Gorostizaga lea la curiosa obra descriptiva *The great indian religions*, de G. T. Bethany (1892), y otras muchas que no debe conocer, y verá en ellas que la India no es ni fué como él se la imagina, ni el culto al *Lingam* y al *Naman* es *sólo* repugnante; verá también que los brahmanes no usan melenas, ni hay tantas *aves Garuelas* en el país, ni Chrisna anduvo por los campos en malos tratos con las pastoras, ni los Gurus son tales sectarios de Siva, ni Buddha fué nunca brahman, ni la etnología es el estudio de las religiones, ni aplastará nunca la cruz (en el concepto vulgar de la palabra) las *supersticiones* de la India.

Creálo el conferenciante; la Teogonía inda es algo más serio de lo que le ha parecido á él á través de los ídolos del Museo Arqueológico.

V. D. P.

REVISTAS RECIBIDAS DURANTE EL MES ÚLTIMO

The Theosophits, de Madras, correspondiente al mes de Junio, inserta, entre otros asuntos, la continuación de «La Plaga y sus Causas».

Lucifer, de Londres; número lleno de trabajos interesantísimos. — *Modern Astrology*, que cautiva con sus estudios profundísimos sobre astrología.

Asociación Rural, de Montevideo; *Journal of the Maha-Bodhi Society*, de Calcuta; *La Voz de Silges; Theosophia*, de Amsterdam; *The Arya Bala Bodhini*, de Madras; *A Luz*, de Lisboa; *Revista Spirita*, de Bahía; *Revista de Primera Enseñanza*, de Cádiz; *Asociación Rural*, del Uruguay; *El Mortero*, de Madrid; *El Socialista*, de Madrid; *El Altruísmo*, de Gibraltar; *Le Phare de Normandie*, de Rouen; *La Constancia*, de Buenos Aires; *The Theosophical News*, de Boston; *Luz Astral*, de Buenos Aires; *La Revelación*, de Alicante; *Revista Magnética*, de Milano; *Revista Magnetológica*, de Buenos Aires; *La Irradiación*, de Madrid; *The Pacific Theosophit*, de San Francisco de California; *Le Moniteur Spirite et Magnetique*, de Bruselas; *La Escuela Práctica*, de Ciudadela de Menorca; *Archivos de Ginecopatía, Obstetricia y Pediatría*, de Barcelona; *La Unión Espiritista*, de Barcelona; *Il Valle di Pompei*, de Italia, revista mensual, cuyos nobles propósitos en pró de los hijos de los presidiarios, son dignos de loa, y ameritan la revisión de su interesante texto; *Metaphysische Rundschau*, de Berlín; *Il Vessillo Spiritista*, de Vercelli, que inserta la conclusión del artículo «Reencarnación», traducido del *Theosophist; The Vâhan*, de Londres; la revista italiana *Religione e Patria; El Trabajo Nacional*, de Barcelona; *The Prasnottara*, de Benares; *La Estrella Polar*, de Madrid, y una colección de periódicos de diversos matices, que por falta de espacio no detallamos, aunque á todos ellos hacemos expresivo nuestro agradecimiento.

LIBROS

Estrellas y Átomos, por Camilo Flammarión. — Biblioteca de LA IRRADIACIÓN. Colonia de Doña Carlota, Madrid.

Precioso folleto en el cual el afamado y popular astrónomo Flammarión hace un estudio concienzudo de lo infinitamente grande, las estrellas, y de lo infinitamente pequeño, los átomos, para llegar á demostrar que cuanto vemos es apariencia: *lo real es lo invisible*, la fuerza, la energía que todo lo mueve, que arrastra todo en el infinito y en la eternidad.

«Estamos en lo infinito y en lo eterno. Marchemos — dice Flammarión — con la velocidad que se quiera, durante un número cualquiera de siglos, en la dirección que se nos antoje del cielo, y nunca nos aproximaremos á ningún término ni *avanzaremos un solo paso;* el centro está en todas partes, la circunferencia en ninguna, y ni la misma eternidad puede vencer al infinito.»

Expéndese al precio de *25 céntimos*, en las principales librerías y en la sucursal de LA IRRADIACIÓN, Fuencarral, 106, Madrid.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27, Madrid.